

La Posmodernidad: intento de aproximación desde la Historia del pensamiento

Postmodernism: an attempt at an approach from the History of Thought

Román MORET

Universidad Autónoma de Madrid

romam@free.fr

Recibido: 15/09/2011
Aprobado: 20/12/2011

Resumen

Tradicionalmente, la Historia se divide en cuatro períodos que se suceden a lo largo de la trama temporal: Antigüedad, Medievo, Modernidad y Contemporaneidad. Sin embargo, desde otra perspectiva, se puede distinguir entre un pensamiento pre-moderno, otro moderno y un tercero post-moderno. Centrándonos en este último, surgen varios interrogantes. ¿Cómo definir la Posmodernidad? ¿Se puede entender tal paradigma en términos cronológicos? ¿De verdad ha llegado tal momento? ¿En este caso, tiene fecha de caducidad? El propósito del presente trabajo es definir la Posmodernidad desde una visión histórica, y ver, en tres partes, las posibles etapas de su surgimiento, sus características más destacadas, y la cuestión de sus límites.

Palabras claves: Modernidad, Posmodernidad, Historia del pensamiento, Conocimiento.

Abstract

Traditionally, History is divided into four periods that succeeded one after another all along the temporal plot: Antiquity, Middle Ages, Modern period and Contemporary period. However, from another point of view, we can distinguish between pre-modern, then modern, and thirdly post-modern thought. Focusing on the latter one, several questions emerge. How can postmodernism be defined? Can such a paradigm be understood in chronological terms? Has this moment

really come? And if that is the case, does it have an expiration date? The aim of the present paper is to define postmodernism from an historic point of view, and to study, in three parts, the possible stages of its emergence, its main outstanding features, and the question of its limits.

Keywords: Modernism, Postmodernism, History of Thought, Knowledge.

Introducción

El término “Posmodernidad” se ha vuelto frecuente en las obras historiográficas de los últimos años. En concreto, se emplea para designar el conjunto de las nuevas teorías interpretativas que han surgido progresivamente de la llamada “crisis de los paradigmas”, a partir de los años setenta del siglo XX. Pero en realidad este término abarca un campo de definición muy amplio, y darle un sentido preciso no es una tarea tan fácil como parece: no se aplica al único ámbito de la Historia, sino que también tiene su plasmación en lo cultural, lo social, lo económico y lo político. En este breve trabajo, intentaremos presentar rápidamente el paradigma posmoderno y evidenciar los retos que este nos ofrece.

Etimológicamente, la Post-Modernidad se refiere a algo posterior a la Modernidad, y por tanto, la cuestión del fin de la Modernidad será el objeto de estudio de nuestra primera parte. En un segundo lugar, si se puede hablar de Posmodernidad, veremos en qué consiste este concepto, a través de distintos ejemplos sacados de los ámbitos cultural, socio-económico y político. Por último, terminaremos con los límites conceptuales y cronológicos que podría presentar la Posmodernidad, tal y cómo se define (o se definió). Se tratarán estos tres puntos (inicios, características y límites de la Posmodernidad) desde la perspectiva de la Historia del Pensamiento contemporáneo.

I. El fin de la Modernidad y el surgimiento de la Posmodernidad

Para entender mejor la Posmodernidad, quizá sea más fácil remontarnos primero hasta el surgimiento de la Modernidad. Este se desarrolla progresivamente en varios ámbitos. A nivel intelectual, es indisociable de los filósofos de la Luces y de la Ilustración. Son ellos quienes, a la luz de la nueva consideración que adquirió el estudio de la Antigüedad clásica (ya desde el siglo XIV con Petrarca), establecen una división de los tiempos históricos en tres grandes etapas: una edad pasada, acabada, dotada de un cierto prestigio político, social y cultural, que llaman “Antigüedad”; un largo período oscuro de mil años, de decadencia respecto al período anterior, que denominan “Edad Media”; y sus propios tiempos, el momento del redescubrimiento de los valores de la Antigüedad, la Época “Moderna”. A nivel conceptual, los filósofos de la Ilustración acuñan la *idea de Progreso*, que es la clave de la Modernidad. Si los antiguos concebían el Tiempo como un círculo sin principio ni final (Cronos devorando a sus hijos), y si los pensadores medievales percibían a través de cada acontecimiento la voluntad de Dios (el principio lineal de la Providencia divina, desde la Génesis hasta el Apocalipsis), los modernos entienden que el Progreso es el motor de la Historia (el tiempo discurriendo según un movimiento ascendente).

El Progreso se materializa en todos los ámbitos. A nivel intelectual se traduce por la Razón, que representa el avance del pensamiento, y por la Ilustración. En el marco político, el avatar del Progreso corresponde al establecimiento de la Democracia¹ mediante el avance que representa la

¹ Quizá sea preciso recordar que la democracia no nace con la Modernidad, sino que, como sistema político, aparece ya en el mundo clásico antiguo, en Grecia primero, y más tarde en Roma. La Democracia, en su sentido moderno, designa sobre todo el régimen político que se enfrenta a la monarquía absoluta del llamado Antiguo Régimen.

Revolución, proceso de emancipación de las clases sociales no tradicionales que pone fin al Antiguo Régimen (y que, por supuesto, no se limita a la Revolución francesa de 1789). Así mismo, el avance tecnológico que posibilitó la ampliación del mundo conocido (brújula, carabela, timón de codaste) y que facilitó la dominación de los europeos sobre las poblaciones indígenas (como la pólvora), permitió la puesta en marcha de un nuevo modelo económico, el capitalismo, que pronto evolucionó en el imperialismo, con la apertura del comercio a escala mundial. En definitiva, el Progreso permite el desarrollo de las sociedades, fundamentalmente occidentales, a medida que transcurre el Tiempo.

Por tanto, si queremos demostrar que la Modernidad es un modelo obsoleto y hablar de Post-Modernidad, basta con demostrar que la esencia de la misma, es decir, la idea de Progreso, ya no es vigente. Cuando los avances tecnológicos, intelectuales, económicos, políticos y sociales dejaron de llevar al Hombre hacia una situación cada vez mejor que la anterior, es decir, cuando la idea de Progreso dejó de ser eficiente, es cuándo la Modernidad se acabó, es cuando la Post-Modernidad se inició. Insistimos, sin embargo, en que el fin de la idea de Progreso no es el fin de los avances: repetimos que el fin de la idea de Progreso tiene lugar cuando estos avances *ya no benefician al Hombre*. La cuestión no es tanto saber si tal fenómeno sucedió, sucede o puede suceder, como fechar este paso de una era moderna a otra posmoderna, puesto que ya damos por supuesto la existencia de una Post-Modernidad. Varios autores han propuesto diversas fechas a raíz de argumentos, más o menos aceptables. Destacamos tres de estas propuestas.

1945. El último beligerante de la contienda que sacude el mundo, Japón, se rinde el 2 de septiembre de 1945 tras los bombardeos atómicos de las ciudades niponas de Hiroshima y Nagasaki, los días 6 y 9 de agosto de 1945, respectivamente. Según Antonio Campillo, estos bombardeos significan el fin del “progreso benefactor”². De repente, el Progreso, que hasta estas fechas seguía el modelo de una curva ascendente de acuerdo con la Modernidad, deja de hacerlo, y precipita la Historia en un movimiento descendente. El avance científico impresionante realizado por Albert Einstein no sirvió para mejorar lo cotidiano de los ciudadanos, sino que sus frutos acabaron en la realización de un arma nunca visto antes, capaz de acabar en unos segundos con la vida de decenas de miles de personas y de decidir del final de una guerra. A partir de 1945, pues, es cuando el Progreso se alterna con fases de Decadencia, de duración más o menos larga.

1968. En el mes de mayo, Francia conoce un movimiento social sin precedente, protagonizado por estudiantes y obreros, que obliga al primer presidente de la V República, Charles De Gaulle, a disolver la Asamblea y marcharse del poder tras diez años de mandato. Si el “mayo del 68” francés es muy conocido, en realidad es un hecho que se inserta de lleno en una ola de protesta de amplitud mundial: China había iniciado su “Revolución Cultural” en 1966; en abril de 1968, en Checoslovaquia, tras la propuesta de un “socialismo de rostro humano” por parte de Alexander Dubček, el ejército del Pacto de Varsovia se enfrenta a la población de la capital durante la “Primavera de Praga”; al mismo tiempo, en España y en Méjico, estudiantes e intelectuales se manifiestan en contra de sus respectivos regímenes políticos, los cuales reprimen estos focos de agitación, a veces de manera violenta, como durante la lamentable “matanza de la plaza Tlatelolco”; en Estados Unidos, el desacuerdo de la opinión pública respecto a la Guerra de Vietnam se manifiesta a través de grandes concentraciones, como el festival de Woodstock de 1969; el mismo año, Italia se ve sacudida por el “Otoño Caliente”. Todos estos movimientos de protesta son de índole social, y sus protagonistas piden el reconocimiento de los derechos civiles. Sin embargo, según Gilles Lipovetsky, si bien es verdad que se trata de revoluciones, tampoco forman parte de la Revolución, con mayúscula. Este autor señala que los manifestantes no quieren levantarse contra las autoridades para tomar el poder, no se trata de una acción ilegal y violenta para sustituir a los dirigentes. De

2 Campillo, A., *Adiós al Progreso. Una meditación sobre la Historia*, Barcelona, Anagrama, 1985.

esta forma, las revoluciones de 1968 marcan el fin de la Modernidad, pero también el principio de la etapa siguiente, caracterizada por la comunicación: en París, por ejemplo, se levantaron barricadas desde las cuales se insultaba a los policías, pero también se abrieron los anfiteatros de las universidades, tanto a los sindicalistas como a las amas de casa que querían expresarse, y se improvisaron clases en las calles sobre temas como la felicidad y la liberación sexual. Para acercarnos a temas más recientes y próximos a nosotros, podemos afirmar que los mal-llamados procesos “revolucionarios” actuales, “Primavera(s) árabe(s)”, “Indignados”, forman plenamente parte de los nuevos movimientos revolucionarios iniciados a finales de los años 1960 (pero que no constituyen una Revolución, con mayúscula)³.

1989. Detrás de esta fecha simbólica, la de la Caída del Muro de Berlín, hay que vislumbrar el hundimiento del bloque del Este y el final de la Guerra Fría. Jean Baudrillard propone un análisis muy interesante de este acontecimiento. La “Caída del Muro de la Vergüenza”⁴ correspondería a una estrategia soviética para dañar al bloque occidental: provocando su autodestrucción, el Este dejaría que se expanda el capitalismo en su territorio, para darle una dimensión planetaria, lo que conocemos como la globalización. Los efectos de esta estrategia, diseñada por el bloque soviético, según Jean Baudrillard, provocan en poco tiempo el derrumbamiento del capitalismo: una sociedad de consumo de masas cada más insaciable, una sociedad ultra-liberal tremendamente “desigualitaria”. El punto de ruptura en la presente hipótesis, pues, reside en la fecha simbólica de la Caída del Muro de Berlín.

1945, 1968, 1989: entre esas tres fechas está claro que se da un paso adelante, más allá de la Modernidad, puesto que es cuando cesa de ser eficiente la idea de Progreso. Si la era moderna acaba en la segunda mitad del siglo XX, es a partir de los años 1975 cuando los autores empiezan a diagnosticar la Post-Modernidad. En concreto, el término “Posmodernidad” es acuñado por Jean-François Lyotard en su obra *La condición posmoderna*⁵. Este autor se pregunta cómo legitimar el lazo social de la nueva era, esto es, los vínculos establecidos entre los individuos de una sociedad, partiendo de los ámbitos científico, filosófico y lingüístico. Con ese libro, Jean-François Lyotard abre el camino al pensamiento posmoderno, definiendo las bases del mismo. En efecto, llega a la conclusión de que esa nueva era, que empezamos a atisbar, adquiere en el plan social un carácter postindustrial: durante la etapa moderna, la sociedad se veía *regulada* por el sistema político democrático, mientras que en ese nuevo momento, la misma sociedad ya está *liberalizada*. En consecuencia, los nuevos dirigentes ya no son miembros de la clase política, sino expertos, los llamados “decididores”⁶: personalidades famosas, artistas, sindicales, jefes de empresas, y algunos políticos.

A partir de *La condición posmoderna*, varios autores han coincidido en afirmar que nos encontramos ahora en una fase de transición entre la Modernidad y un paradigma nuevo. Esto genera una sensación de incertidumbre hacia lo que se esboza en el horizonte histórico, tanto como para que algunos autores profeticen o constaten el *fin de la Historia*.

3 El análisis de dichos movimientos como ilustración del paradigma posmoderno nos parece un tema interesantísimo, que desgraciadamente no podemos desarrollar aquí; pero sí podemos dar unas pistas suplementarias para explicar esta hipótesis. Todos estos movimientos actuales, tanto en el mundo árabe como en el occidental, parten de una iniciativa popular. Los que se manifiestan inicialmente no son políticos, aunque estos aprovechan estos movimientos a medida que se van desarrollando. Lo que se pide no es la expulsión del gobierno en función y su sustitución por la fuerza, como ocurrió en la Francia del verano de 1789: lo que se pide es la transparencia de las acciones de los políticos, más libertad para la sociedad, y el reconocimiento de los derechos civiles.

4 Baudrillard, J., *La ilusión del fin, la huelga de los acontecimientos*, Barcelona, Anagrama, 1997 [1992].

5 Lyotard, J.-F., *La condición posmoderna, informe sobre el Saber*, Madrid, Cátedra, 2000 [1979].

6 Lyotard, J.-F., *ibid.*

II. Los retos y las contradicciones de la Posmodernidad

La Posmodernidad, como hemos visto, corresponde a una liberalización de la sociedad, una emancipación que implicó la formulación de nuevas inquietudes. En un intento de permanecer claro y conciso, destacamos a continuación algunas de las problemáticas que surgen con la Posmodernidad.

En primer lugar, la cuestión del “fin de la Historia”⁷. Tenemos que decir que la interpretación de Francis Fukuyama, que retoma la idea hegeliana del final de la Historia, no responde estrictamente a unos criterios históricos rigurosos: lo que pretende este economista y pensador estadounidense es demostrar que el final de la Guerra Fría corresponde al final de la lucha entre las ideologías, y que a partir de este momento fatídico la Historia deja de existir, puesto que las sociedades humanas han llegado a un consenso universal. Sin embargo, de esta forma Francis Fukuyama concibe la Historia como el transcurso del tiempo, tanto en el pasado como hacia el futuro, cuando en realidad la Historia es en su esencia un conjunto de acontecimientos acabados, a un tiempo pretérito. A pesar de todo ello, otro autor habla del fin de la Historia, con un mayor rigor analítico. Para Jean Baudrillard, la “exageración de la comunicación” y de la información ha generado el final de la Historia, y la sustitución de esta por una serie de “no-acontecimientos”⁸, algo que se entiende mejor con un ejemplo. Cuando vemos, en el telediario, un acontecimiento particularmente impactante, como puede ser los atentados del 11-S, pensamos ver la Historia *en directo*. Pero en realidad, es una equivocación: lo que se está viendo es un acontecimiento, sin ningún comentario crítico, retransmitido en la televisión en medio de otras noticias sobre política, deporte, divertimento, vida de los famosos, etc. El conjunto de todos estos acontecimientos, instantáneos, no es la Historia. Jean Baudrillard va aún más lejos: “el final de la Historia es una ilusión, no un truco de prestidigitador para confundirnos, sino un auto-engaño mediante el cual rellenamos algo que nos falta”⁹, esto es, la Historia, porque lo necesitamos. Por tanto, el fin de la Historia no puede ser una especie de Apocalipsis para el género humano, sino que, por ser constituido por no-acontecimientos, es algo que no puede ocurrir nunca. Y esa es precisamente la razón por la cual hablamos de ella: es la “ilusión del fin”¹⁰, una forma de rellenar el vacío que nos deja esa sucesión de no-acontecimientos que están ocurriendo.

En un segundo lugar, la Posmodernidad nos sitúa ante el problema de la nueva sociedad. Bien ha analizado Gilles Lipovetsky el doble proceso que influye de manera directa en la sociedad posmoderna: lo que él llama el “proceso de personalización”¹¹, que se caracteriza, de nuevo, por una contradicción que se plasma en una universalización y una individualización simultáneas. La universalización se relaciona con la emancipación de la sociedad, por la liberalización de la economía, por la llegada progresiva de la globalización. Todos estos procesos contribuyen a la conformación de una sociedad homogénea, universal: algunas de sus consecuencias son la tendencia muy actual a más tolerancia (sobre todo hacia las minorías religiosas, sexuales, políticas o étnicas), el desarrollo del asociacionismo (que corresponde a una voluntad de juntarse con otras personas similares: asociaciones de antiguos combatientes, asociaciones de padres de alumnos, asociaciones de consumidores, asociaciones para la protección de los animales, etc.), o también la “uniformización” de la sociedad mediante la moda (no solo la indumentaria, sino también la gastronómica, la cultural, etc.). Pero de manera paralela a esa universalización, la sociedad experimenta una individualización, que traduce una voluntad no de asimilarse a los demás, sino

7 Fukuyama, F., *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

8 Baudrillard, J., *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Barcelona, Anagrama, 1991.

9 Baudrillard, J., *La ilusión vital*, Madrid, Siglo XXI de España, 2002.

10 Baudrillard, J., *op. cit.*, 1992.

11 Lipovetsky, G., *L'ère du vide, essai sur l'individualisme contemporain*, Paris, Gallimard, 1983.

de diferenciarse de la masa que nos rodea. Ahora bien, el “proceso de personalización” es una conciliación de estos dos elementos opuestos, y caracteriza la sociedad posmoderna. Uno de sus avatares lo constituyen los llamados “nuevos movimientos sociales”: desde la perspectiva individualizadora, son grupos que se declaran en contra del sistema vigente, es decir, en contra de la sociedad de consumo de masas, del capitalismo y de la estandarización; pero desde el punto de vista opuesto, el de la universalización, estos grupos se integran dentro de la sociedad, forman parte de lo que rechazan: hippies, ecologistas, feministas, etc., todos se expresan a través de los medios que les proporcionan la globalización, todos siguen una moda (aunque propia), todos consumen los productos destinados a la sociedad de consumo de masas.

La cuestión del consumo es el objeto de esta tercera parte, puesto que su devenir constituye un reto propiamente posmoderno. La idea misma de “consumo” es bastante reciente, y la “sociedad de consumo de masas” responde a una estrategia económica norteamericana imaginada durante el período de entreguerras. No fue hasta finalizada la Segunda Guerra Mundial cuando el modelo de la sociedad de consumo de masas se extendió a Europa primero, al bloque occidental luego, y por último a otros territorios, ya después del hundimiento del bloque soviético. Tal modelo se basa en un círculo sin principio ni final entre producción y consumo. Ahora bien, el significativo cambio de escala de este modelo lo ha ampliado de manera desproporcionada: ya no basta con producir lo indispensable y necesario, sino que hay que favorecer la producción y el consumo para generar una saturación de lo superfluo e innecesario. En efecto, en nuestra sociedad actual ¿qué es o puede ser objeto de consumo? Absolutamente *todo*: la comida, los vestidos, la música, pero también el arte, la espiritualidad, el deporte, la política, el cuerpo, la educación, etc. En la fase de transición entre Modernidad y Posmodernidad, estos mecanismos se han acelerado, hasta tal punto que pasamos de la sociedad de consumo de masas a la sociedad de hiperconsumo, insaciable pero también indisoluble del consumo. De nuevo encontramos una contradicción: la sociedad posmoderna nunca puede satisfacer sus apetitos, pero tampoco puede llegar a un estado de saturación. Cabe preguntarse entonces si existen resistencias a esta “éxtasis del consumo”¹². Los autores posmodernos han evidenciado varios, de los cuales destacamos los tres siguientes: el capitalismo, los nuevos movimientos sociales y el radicalismo religioso. El capitalismo, por su lógica del Producir-más y su relación con el mundo laboral, no parece adecuarse con la idea del Consumir, más acorde al tiempo libre y al ocio; pero en realidad, ambos elementos no son incompatibles, puesto que se consume lo producido, y por tanto no hace falta resolver esa aparente contradicción eliminando uno de ellos (en realidad tal contradicción se resuelve en el espacio: las zonas productoras no son las zonas consumidoras). En cuanto a los nuevos movimientos sociales, ya hemos visto más arriba que se integran de hecho en el sistema que ellos critican, el cual los incluye en su *folklore*; pertenecer a uno de estos grupos significa cumplir con una serie de reglas indumentarias o dietéticas particulares, lo que precisamente solo puede ofrecer el modelo de la sociedad de hiperconsumo. Por último, los pensadores posmodernos han mostrado que el radicalismo religioso surge en zonas marginales o marginadas, fuera de la sociedad de hiperconsumo; por consiguiente, se interpretan los actores del radicalismo religioso como “consumidores frustrados”, que no tienen ni para satisfacer sus necesidades básicas. La pregunta que surge entonces es la siguiente: ¿por qué estos grupos desfavorecidos utilizan el argumento religioso? ¿Acaso el fin de la Modernidad, con su horizonte incierto, es un entorno propicio para una vuelta a la esencia de lo sagrado, a un contacto mayor con lo divino? Según Gilles Kepel, “como los movimientos obreros de antaño, los movimientos religiosos de hoy en día tienen una singular capacidad para revelar los males de la sociedad, para los que disponen de su propio diagnóstico”¹³. ¿Podríamos

12 Baudrillard, J., *op. cit.*, 2002.

13 Kepel, G., *The Revenge of God: the Resurgence of Islam, Christianity and Judaism in the Modern World*, Cambridge, Polity Press, 1991.

entonces deducir que los movimientos radicales religiosos constituyen un freno a esta sociedad del exceso? No del todo, si consideramos, como por ejemplo Gilles Kepel o Zygmunt Bauman¹⁴, que los radicalismos religiosos son los hijos “no deseados”, pero legítimos, de la sociedad de hiperconsumo: sí se enfrentan a ella, pero también forman parte de ella, porque surgen de ella. Otro modelo antinómico que sirve a definir la Posmodernidad.

Por último, nos interesaría desarrollar un cuarto aspecto de este nuevo paradigma posmoderno, que tiene que ver con la educación. Ya en *La condición posmoderna* Jean-François Lyotard ponía las bases de la educación en términos posmodernos: el Saber es absoluto e inalcanzable, mientras el Conocimiento, procedente de la Ciencia, puede ser profundizado (investigación científica) y transmitido (enseñanza). Sin embargo, con el advenimiento de la sociedad de consumo de masas, y luego de la sociedad de hiperconsumo, el Conocimiento a pasado a ser un objeto más de consumo, generando un empobrecimiento de todas estas nociones: la investigación se ha convertido en especulación (la investigación por la investigación, sin otro objetivo); la enseñanza en profesionalización (es decir, la formación de los que se destinan a formar); el Conocimiento en Información (a través de la vulgarización, mediante la cual se alcanza a un amplio público a cambio de una simplificación a ultranza). Como consecuencia, el Conocimiento se ha vuelto cada vez menos accesible, algo contradictorio en “una época tan rica en conocimientos científicos y hallazgos tecnológicos”¹⁵. Al contrario, la Información ha inundado y saturado la sociedad actual, la cual es una sociedad de la información en que cada uno puede expresarse, hablar, criticar, denunciar, gracias a la sacrosanta libertad de expresión —y sin embargo, ¿quién escucha?—. Esa misma sociedad de la información es también una sociedad de la imagen, constantemente sometida a un flujo de imágenes que impactan en ella, puesto que la imagen es el mejor soporte para transmitir informaciones. De esta forma, un hecho que no tenga una representación visual no se concibe como real, mientras que por otro lado las imágenes convierten datos virtuales en acontecimientos reales, demostrables porque visualizables.

Ante esa saturación de informaciones e imágenes, la sociedad se ha vuelto pasiva, desinteresada, más preocupada en consumir que en generar Conocimiento. Es, en nuestra opinión, el principal peligro de la Posmodernidad: la indiferencia. Como bien analiza Gilles Lipovetsky, “nadie va a votar, pero todo el mundo defiende el derecho a votar; a nadie le interesa el programa de los partidos políticos, pero todo el mundo defiende la pluralidad de los partidos políticos; nadie lee, ni libro ni periódico, pero todo el mundo defiende la libertad de expresión”¹⁶.

En definitiva, por un lado vemos cómo la Posmodernidad es un modelo ante todo antinómico, puesto que se fundamenta en la coexistencia de nociones *a priori* contradictorias: fin de la Historia e ilusión del final, universalización e individualización, apetito y saturación, producción y consumo, resistencia e integración, rechazo y participación, empobrecimiento del Conocimiento y avances científicos, acontecimientos virtuales y datos reales. Todas estas paradojas no se perjudican entre sí, sino que se complementan, logrando un equilibrio frágil. Por otra parte, podemos señalar que los pensadores posmodernos realizan un diagnóstico asombroso de la Contemporaneidad, pero nunca se hace referencia a un remedio para poner fin a los males de la sociedad actual. ¿Será porque el pensamiento posmoderno tiene límites?

14 Bauman, Z., *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal, 2001.

15 Vargas Llosa, M., “La civilización del espectáculo”, *El País*, n.º 1.000, 22 de enero de 2011 (portada).

16 Lipovetsky, G., *op.cit.*

III. Límites y alternativas a la Posmodernidad

El pensamiento posmoderno, como cualquier otra teoría que se está elaborando o que se ha elaborado recientemente, presenta algunos escollos inherentes a su corta duración; pues una teoría, si acierta, se refuerza a medida que es capaz de resolver sus propios límites. En el caso del pensamiento posmoderno, destacamos dos elementos que podrían efectivamente constituir unos límites: por un lado lo que llamamos el “caos de las teorías”, y por otro las alternativas al mismo.

Con la expresión “caos de las teorías” nos referimos a la profusión de los argumentos defendidos por los autores posmodernos. El pensamiento posmoderno no es ajeno a la Posmodernidad, y eso podría explicar quizá una nueva contradicción, que es que muchos autores posmodernos presentan y defienden, a título personal, sus argumentos propios, en muchos casos frente a otros pensadores que también colocamos bajo la etiqueta “posmodernos”. Sería algo parecido a una nueva criatura de Frankenstein, formada por varios discursos, a veces claramente opuestos, que tienen que adecuarse de una manera u otra para dar lugar a un solo pensamiento dotado de todo el rigor que ello supone, sin caer en una mera lógica de “hablar por hablar”. No obstante, podemos distinguir entre tres corrientes principales: en un primer lugar, los herederos de la Escuela de Frankfurt (como Jürgen Habermas o Jean Baudrillard), que se caracterizan por su componente neomarxista y materialista, y que conciben la Modernidad como una fase de la Historia inacabada, la cual genera por tanto una serie de conflictos irresueltos responsables de la incertidumbre actual; en un segundo lugar, un grupo de autores (entre los cuales encontramos a Jean-François Lyotard, Gilles Lipovetsky y Antonio Campillo) que defienden que la Modernidad es acabada, y que la etapa siguiente, la Posmodernidad, se caracteriza por una indiferencia, una resignación generalizada, un “pensamiento débil”; y por último, una tercera escuela posmoderna que aboga por un enfrentamiento directo entre Modernidad y Posmodernidad, pudiendo la segunda ofrecer propuestas para superar la primera. Además de estas tres corrientes, hemos de señalar que algunos autores posmodernos niegan su pertenencia al pensamiento posmoderno o constituyen otras tantas “escuelas” propias, como es el caso, por ejemplo, de Michel Foucault, un monumento de la Filosofía¹⁷.

En lo que a las alternativas al pensamiento posmoderno se refiere, bien es cierto que en la actualidad se llega a hablar de otras propuestas más o menos renovadas, como pueden ser las tesis de la “sociedad de riesgo”, del “capitalismo tardío”, de la “Modernidad tardía” o de la “transmodernidad”. Un autor de origen polaco, Zygmunt Bauman, que ya hemos mencionado más arriba, por su parte propone el modelo de la “modernidad líquida” como alternativa a la Posmodernidad. Zygmunt Bauman concibe la modernidad como un sistema ambivalente, que presenta ya en su esencia unas contradicciones que la hacían oscilar entre Progreso y Decadencia. La modernidad, inicialmente, trató de ocultar esas contradicciones, pero con el paso del tiempo acabó asumiéndolas, mediante el proceso de liberalización, por lo que el paradigma actual no sería una postmodernidad, sino una evolución de la misma. Frente al discurso a menudo pesimista de la mayoría de los autores posmodernos, Zygmunt Bauman se centra en la idea de que la modernidad pervive en la actualidad a través “del más característico de entre todos sus rasgos característicos: el de la esperanza, la esperanza de hacer las cosas mejores de lo que son, dado que, por el momento, no son lo suficientemente buenas”¹⁸. A esta modernidad, el pensador polaco añade el adjetivo “líquida”: “los sólidos conservan su forma y persisten en el tiempo; duran, mientras los líquidos son informes y se transforman constantemente, fluyen. Como la desregulación, la flexibilización o la

17 Michel Foucault no se limitaría a “cabere dentro” del solo pensamiento posmoderno. Algunos autores también lo incluyen en otras corrientes filosóficas del siglo XX, como el estructuralismo y el postestructuralismo. Él mismo no se reclamaba de ninguno de estos tres movimientos.

18 Bauman, Z., *op. cit.*

liberalización de los mercados”¹⁹. La contemporaneidad se caracteriza pues por su licuefacción, su desestructuración. Con la libertad asumida, los hombres han roto todos sus vínculos, y mantienen sus relaciones de forma aleatoria, discontinua, irregular, pero siempre en movimiento: nos conectamos y nos desconectamos los unos de los otros permanentemente. Ello conlleva el riesgo de perderse, de verse abandonado en esa trama social compleja y fluctuante. Además, vivimos en una dinámica en la cual no nos podemos parar: tiempo acelerado, compromisos momentáneos, relaciones temporales, vida en movimiento, búsqueda de la forma física y mental, comercio de la violencia, explosión del turismo, vigilancia de la vida, multiplicidad de las creencias, necesidad de elegir. Lo inmovilizado, lo estable, lo sólido, no encuentra sitio en la modernidad líquida. Por último, señalemos que Zygmunt Bauman propone también, si no un remedio, por lo menos una visión probable de la situación actual en un futuro muy próximo. La sociedad de la modernidad líquida es una sociedad de crisis, a la cual existen dos resoluciones posibles: la vuelta al orden (moderno) por la regulación, es decir, la opción conservadora; o la “propuesta progresista de la Revolución Verde [es decir, los movimientos ecologistas], que nos pone a todos bajo la Ley del calentamiento global”²⁰.

A modo de conclusión: ¿la post-Posmodernidad?

A lo largo de este trabajo, hemos visto cómo la Modernidad finalizó al mismo tiempo que la idea de Progreso, dando lugar a un nuevo paradigma, llamado Posmodernidad. Este se define a partir de la coexistencia de aspectos en apariencia contradictorios, lo que genera una incertidumbre y, en algunos autores, un cierto pesimismo. Pero la Posmodernidad también es el enfrentamiento, a nivel intelectual, a unos retos que se nos plantea conforme va evolucionando, y que debemos superar.

El camino del pensamiento posmoderno ya transcurre desde por lo menos tres décadas, durante las cuales ha ido evolucionando. Así, por ejemplo, para Gilles Lipovetsky la Posmodernidad solo era una fase de transición entre la Modernidad y otra etapa, que él llama “hipermodernidad”. Además, también encontramos otras vías alternativas al modelo posmoderno, que proponen unos argumentos que podrían ayudar a llegar a una superación de la Posmodernidad. En efecto, las bases del pensamiento posmoderno fueron formuladas en las últimas décadas del siglo XX, una etapa muy diferente de la actual: Jean Baudrillard desarrolla la hipótesis de lo que llama la “era telemática primitiva”, en un momento en que la televisión empieza a ser un medio de difusión de la información generalizado; pero ¿qué decir, hoy en día, del nuevo papel de la Red y del las tecnologías informáticas, que casi llegan a relegar la televisión y la radio a ser meros muebles? En 1975, Jean-François Lyotard definió los nuevos lazos sociales *de entonces*, pero ¿qué decir de los lazos sociales actuales, ampliados por las llamadas redes sociales? Estas preguntas, y otras más, hacen sentir la necesidad de una renovación, o una superación, del pensamiento posmoderno, lo que está sucediendo desde hace muy poco. Parece, pues, que estamos en el umbral de una nueva era, post-posmoderna, en cuyo caso nos encontraríamos, de nuevo, ante un abismo de incertidumbre, que solo el estudio y el análisis podrán tapar progresivamente. Lo cierto es que, con el paso del tiempo, el distanciamiento cronológico, se identificará con una eficacia cada vez mayor lo que realmente ocurrió entre los siglos XX y XXI.

19 Bauman, Z., *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos, 2005.

20 Bauman, Z., *L'éthique a-t-elle une chance dans un monde de consommateurs ?*, Paris, Climats/Flammarion, 2009.

Bibliografía

Obras de carácter filosófico:

- Baudrillard, J., *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Barcelona, Anagrama, 1991.
—, *La ilusión del fin, la huelga de los acontecimientos*, Barcelona, Anagrama 1997 [1992].
—, *La société de consommation*, París, Folio-essais, 1993.
—, *Le système des objets*, París, tel-Gallimard, 1993.
—, *La ilusión vital*, Madrid, Siglo XXI de España, 2002.
Bauman, Z., *La Posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal, 2001.
—, *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos, 2005.
Campillo, A., *Adiós al Progreso. Una meditación sobre la Historia*, Barcelona, Anagrama, 1985.
Foster, H., Habermas, J., Baudrillard, J., ..., *La Posmodernidad*, Barcelona, Kairós, 1985.
Lipovetsky, G., *L'ère du vide, essai sur l'individualisme contemporain*, París, Gallimard, 1983.
Lyotard, J.-F., *La condición posmoderna, informe sobre el Saber*, Madrid, Cátedra, 2000 [1979].
—, *La Posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona, Gedisa editorial, 1996 [1988].

Artículos:

- Molina, C.A., “La cultura sin cultura”, *El País*, 25/11/2010.
Vargas Llosa, M., “La civilización del espectáculo”, *El País* nº1.000, 22/01/2011.

Novelas:

- Bradbury, R., *Fahrenheit 451*, París, Folio, 1953.
Huxley, A., *Un mundo feliz*, Barcelona, Delbolsillo, 2009 [1969].
Orwell, G., *1984*, París, Folio, 1949.

Teatro:

- Ionesco, E., *Rhinocéros*, París, Folio, 1959.